

BIBLIOTECA REGIONAL



1538454

UN QUINCE DE ÉTER

R433.672



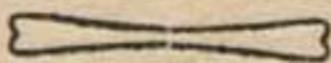
ES PROPIEDAD

DAU

3259

tit. 395767

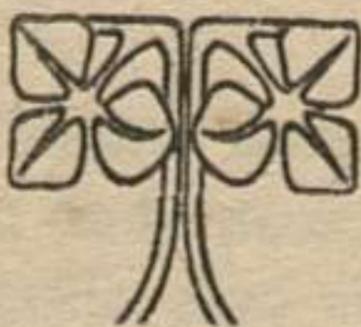
LA NOVELA DE BOLSILLO



UN QUINCE DE ÉTER

POR

JOAQUÍN BELDA



DIBUJOS DE L. AGUIRRE

A TOVELA DE BOZHILO



UN COMTE DE TRA

POB

JORQUIN BELDA



CHAPITRE DE LA VIGNE

Un quince de éter

EL golpe había sido abrumador; á la media hora de recibirlo, Eduardo no se hacía ilusiones: aquello era su ruína, su ruína completa y definitiva.

Con las diez mil pesetas que se acababa de dejar allá arriba en la mesa del baccarrá del Círculo, hubiera él tirado—con apuros y limitaciones—un par de años. Ahora ya, el almanaque le hacía una mueca burlona y le adelantaba veinticuatro meses la fecha señalada para pegarse un tiro.

Cierto que á última hora, Paco Sansimona, compadecido sin duda de su catástrofe, le había brindado auxilio: algo así como la cuerda que se le echa desde la orilla al que se está ahogando, para que se salve, ó acaso para que nos divierta, agarrándose á ella, con sus esfuerzos desesperados y grotescos.

—¿Quieres dinero? Tengo aquí mil pesetas...

Y él, altivo, como antaño cuando firmaba en blanco los recibos del usurero, rechazó, cual si le brindaran con un plato de alubias:

—Te lo agradezco; pero, ¿para qué? ¿Para perder once en vez de diez mil?

Andando, andando, entre la noche, había llegado hasta cerca del Hipódromo. Eran las dos. De pronto se paró en seco y recobró un poco la perdida serenidad... ¿Dónde iba por allí? De

noche, solo y sin dinero, no se puede ir á ninguna parte con esperanzas de éxito, como no sea á los bailes de la Zarzuela. Dió la vuelta, y subió hacia la calle de Serrano.

¡Sin dinero! El momento temido durante aquellos últimos años había llegado ya. Y pensar que aquella misma tarde, ocho horas antes, había él tenido en su poder cincuenta y dos mil pesetas, tuyas, absolutamente tuyas, que el oleaje del bacarrá había arrojado á su



playa, para luego, con la resaca, írselas llevando poco á poco, en unión de los dos mil duros con que se sentó á la mesa á la una de la tarde...

¡Sin dinerol... Ochenta y cinco céntimos le quedaban en el bolsillo para toda la vida, que, por muy corta que fuese, siempre sería lo suficientemente larga para consumir, con sus brutales exigencias, ocho perras gordas y una chica. Había llegado, pues, el momento de la derrota: de allí en adelante los amigos ya no le buscarían; á las mujeres ya no les parecería guapo ni simpático; el encargado de los coches del Círculo ya no dejaría pasar tres ó cuatro meses sin presentarle la cuenta, y el sastre le retiraría su afecto y hasta puede que dejase sin acabar los cuatro trajes que le estaba haciendo para aquel invierno.

Una ráfaga débil, un atisbo de esperanza le confortó un poco; no, la cosa no sería así tan brusca como su pesimismo se la figuraba; en los primeros meses aún podría vivir del crédito, con esa especie de prórroga de la agonía que el mundo concede al que ha sabido tirar mucho dinero en poco tiempo. Llegaba la época de los micos y de contraer deudas que no habían de pagarse nunca, y que, indudablemente, son las más sabrosas de todas las deudas.

Sí; no había que exagerar: al principio, y durante una temporada, que de su habilidad dependía que fuese más ó menos larga, las mujeres le seguirían encontrando guapo y simpático; bastaba con que á la hora de pagar las dijese:

—Mirad, ricas, hoy no tengo un cuarto; hasta la semana que viene, que me dé dinero mi agente, no contad con mi bolsillo para nada.

Y ellas, ángeles de candor y prototipo del desinterés humano, se apresurarían á contestarle:

—¡Hombre, Eduardo, por Dios! A nosotras no tienes que decirnos nada... Ya sabes que nunca te hemos pedido dinero.

Y así los amigos, y así el sastre, y así el encargado de los coches... Sería después, más tarde, cuando la gente se fuese enterando poco á poco de que en sus bolsillos no había más que nostalgias de billetes, cuando las cosas se irían agriando, las adulaciones se irían convirtiendo en indiferencia y los criados del Círculo dejarían de fiarle. Pero mientras...

* * *

Fué un consuelo momentáneo, y tras él volvió la desesperación con más bríos. Él, otras

veces, al sentirse negro por dentro, había acudido al alcohol en busca de un consuelo, que nunca le había fallado. ¿Por qué no hacer ahora lo mismo?

Por un momento pensó en volver al Círculo, pedir una botella de cognac y bebérsela íntegra: sería aquella la primera deuda que inauguraría la serie de las que no pensaba pagar... Pero no: le aterraba la vuelta al centro, el encontrarse con gentes que, en realidad, ningún daño le habían hecho, pero de quienes huía ahora como de apestados.

Subía hacia Serrano: en la esquina de la calle, un chico cerraba las puertas y el escaparate de una taberna. Aligerando el paso aún llegaría antes de que cerrasen del todo y podría soplar-se un quince, ó varios, del de la tierra; para esos sibaritismos aún quedaba dinero en su bolsa. Cruzó la calle casi corriendo á tiempo que ya el chico de la tasca clavaba el último clavo de la barra que servía de cierre al escaparate.

La calle estaba solitaria; por la de Serrano cruzó como un meteoro un tranvía vacío que iba á encerrar. En la acera de la izquierda, y del balcón de un piso bajo, casi á ras de la acera, salía un cuchillo de luz que se quebraba en el



tronco de una acacia que había enfrente; Eduardo cruzó por el brevísimo espacio iluminado, y en su centro quedó parado de repente, como si los pies se le hubiesen quedado cogidos en un cepo.

¿Qué había visto el joven? Nada. ¿Qué había oído? Nada. ¿Qué se le había ocurrido de pron-

to? Nada tampoco. Precisamente el pensamiento se le había paralizado de repente, como se les paraliza con frecuencia á ciertos políticos que van por la vida sin más lastre interior que el de la propia vanidad. Pero si Eduardo no había visto, ni oído, ni pensado... había olido, y ello bastaba. De aquel balcón iluminado, que estaba entreabierto, salía una oleada enervante y misteriosa, atrayente como el canto de una sirena en las sombras de la noche, á éter, al lujurioso y litúrgico éter, que envolvía su cuerpo y su espíritu como una promesa de salvación.

Eso de que una sensación agradable ó desagradable del olfato le obligue á uno á detener sus pasos de repente, como un freno automático, no era un caso nuevo en la historia de la humanidad. Hamlet, aquel príncipe funeral y loco como una cabra, detenía su andar por el mundo de la incongruencia cada vez que percibía el olor á huevo podrido que había en Dinamarca; y el que estas líneas escribe, que como Hamlet, tiene un traje negro, y manda con frecuencia al convento á una Ofelia Pérez que le viene persiguiendo hace años, se encontró una vez parado en seco sin poderlo remediar á la puerta de cierto despacho ministerial,

por el olor á calabaza cocida que salía de la mesa del ministro.

¡Éter! Para Eduardo ese había sido siempre un nombre de prestigio. A él le recordaba los interiores de esas farmacias de barrio, de escasa parroquia, donde hay que esperar tres horas para que le preparen á uno dos emplastos de cinoglosa: le recordaba asimismo las visitas de pésame, sobre todo si el difunto había dejado poco dinero, y le traía á la memoria ¡esto sobre todo! la noche del estreno de la primera obra teatral de un su amigo, que por cierto fué un pateo, y que el autor pasó con una ampolla de éter en las narices, para no perder el sentido común; al final, cuando el público unánime pidió la masa encefálica del que había escrito aquello, el autor se bebió de un trago el contenido de la ampolla...

¡El éter! Era un olor, mitad médico, mitad voluptuoso, mundano y judicial á un tiempo, enervador y excitante, de habitación de solterona y de depósito de cadáveres. Anunciaba dolores y decadencias, olvidos y ataques de nervios... pero, como elemento para construir una borrachera, para fabricar un paraíso artificial, á él le había parecido siempre, francamente, una cursilería.

Siempre... pero ahora... Quiso ver quién había dentro de aquella habitación, á quien debía el favor indudable de aquella invitación al olvido que iba envuelta en la ráfaga del perfume. Los cristales tenían espesos visillos, y por detrás de la abertura de las dos hojas caía un estor que por lo grueso parecía una cota de malla. Imposible ver nada, pero el olor estaba allí, claro, envolvente, cada vez con más fuerza, y ya tenía que tener mucha para atravesar aquellas telas que Eduardo hubiera querido perforar con la mirada.

El destino estaba bien claro: el éter había derrotado al vino. ¿Por qué no probar? Seguramente en alguna farmacia del barrio que aún no hubiese cerrado del todo sus puertas no tendrían inconveniente en venderle quince céntimos de la inquietante substancia. Quince céntimos, sí: le agradaba la idea de sustituir el clásico quince de Valdepeñas ó de Arganda, con igual cantidad de la droga infernal; con ello habría bastante, siendo, como era, la primera vez que lo tomaba.

Antes de seguir andando, escuchó, para ver si los oídos le decían algo de lo que estaba pasando en el interior de aquella habitación. Pero no se oía nada; si acaso, aguzando mucho el

sentido, se presentía, se adivinaba más que se escuchaba, el tic tac cansado de un reloj que iba comiéndose el tiempo á pequeños bocaditos. Y más lejos aún, más en el fondo de la noche, se oía una música de agonía, como una canción que alguien murmurase entre dientes, antes de quedarse definitivamente dormido...

Eduardo hubiese jurado que aquella música era el célebre *vals brunne* de los apaches.

* * *

Tuvo que ir hasta el final de la calle de Goya para encontrar á aquellas horas una farmacia abierta.

El farmacéutico, al verlo entrar, abandonó la trastienda donde leía con toda calma *La Tribuna*, para acudir á despacharle. Y él, sin darse cuenta, obsesionado con la idea fija, le dijo, sin darle las buenas noches:

—Deme usted un quince de éter.

El hombre de ciencia lo miró al principio con ira, después con extrañeza y al final, bondadoso, quiso seguirle la broma.

—Ese quince ¿lo quiere usted con seltz ó solo?

Hasta entonces no se dió cuenta el joven de que había dicho una incongruencia.

—¡Ay! Usted perdone; es que estoy medio trastornado...



—No tiene nada de particular... ¿Trae usted frasco?

—No, señor. ¿Para qué?

—Hombre, para echarlo, porque supongo que no querrá que se lo eche en el pañuelo ó en el pelo...

—¡Es verdad! Vuelvo á rogarle que me perdone.

—Nada, hombre, nada. Yo le daré un frasco.

Volvió á la trastienda y, de espaldas al cliente, comenzó á manejar unos tarros de cristal; se oía el ruido apagado de tapones y vasijas, y al momento acarició de nuevo la pituitaria de Eduardo el embrujado olor del éter, aunque ahora se le antojaba más espeso, más recargado aquí dentro, y no con la volubilidad lujuriosa con que antes salía de aquel balcón en medio de la diafanidad de la noche.

Abrióse la puerta y entró una mujer del pueblo, arrebujaada en un mantón y con los ojos de haber llorado; dió las buenas noches y arrojó sobre el mármol del mostrador un papel, en el que Eduardo, de reojo, pudo leer: «De suero antidiftérico, un tubo.»

Volvía el farmacéutico con un frasquito pequeño lleno hasta un poco más de la mitad:

—¿Para qué es este éter?

—¿Cómo que para qué? Para... lo que se usa el éter...

—Perdone usted; puede usarse para varias cosas... ¿Es para un cardíaco?

—Es para mí.

El digno farmacólogo pensó si acaso á aquel

hombre no le convendría mejor el amoníaco, NH_4Cl ; pero con ese escepticismo que es patrimonio de la profesión, se encogió de hombros y le alargó el frasco, mientras le decía:

—Empape usted un algodón y aspire poco á poco; le sobrará con la cuarta parte de eso.

Eduardo dió sus quince céntimos; pero el hombre de ciencia le dijo:

—Son veinticinco.

—¿Cómo es eso?

—Por el frasco no le pongo más que diez.

—¡Ah, es verdad! Perdone...

Era la tercera vez que pedía perdón desde que había entrado allí; pagó y salió á la calle un poco corrido. Al volverse, ya en la acera, para cerrar bien la puerta, miró á través del cristal á la mujer del mantón; sinceramente se apiadó de ella y pensó en el enfermito de difteria que á aquellas horas esperaba, luchando con la muerte, el regreso de su madre ó lo que fuese. En el mundo, por lo visto, había más desgracias que la suya; pero aquella desgraciada, por lo menos, había llorado, cosa que él, hasta entonces, no había tenido el valor de hacer.

* * *

Tendido en la *chaise-longue*, y con una toalla por el pecho para evitar posibles derrames, preparó, con detalles de coquetería, una mascarilla de algodón; se la probó para ver si amoldaba perfectamente á la boca y á las ventanas de la nariz, y volvió á quitársela para impregnarla del contenido del frasco. Más de la mitad de éste quedó derramado por el algodón. Eduardo cerró los ojos y dejó el tarrito en el suelo, al alcance de la mano.

Primero fué una sensación picante, como si estuviera sorbiendo pimienta; después unas ganas tremendas de dormir, y en seguida, por contraste, el cerebro que se despejaba poco á poco, que se excitaba con una riqueza de imágenes, que para los días de fiesta quisieran algunos ex ministros conservadores, pérfidos y falaces como la onda.

Al principio, esas imágenes eran plácidas, tranquilas, como si la vida se hubiera tornado repentinamente de color de rosa y en ella se hubiesen acabado las facturas sin pagar y la idiotez pegajosa de los amigos. Eduardo lo veía todo blanco, ó, cuando más, de un suave color malva, en cuyo fondo naufragaba el pesimismo como herido por un torpedo. El dolor era una cosa ridícula, no existía el dolor; toda pena,

toda preocupación, todo disgusto no era más que una enfermedad momentánea de nuestra imaginación; la vida era una planicie suave y el vino con agua no existía más que en la imaginación de los borrachos.

Así estuvo Eduardo mucho tiempo. ¿Cuánto? No sabría decirlo, ya que una de las cosas que primero se perdían era la noción del tiempo; los relojes pasaban á la categoría de chismes inservibles, y los dueños de casas de préstamos que dieran por ellos arriba de una peseta, eran unos idiotas. Después cayó en un sopor que no



llegaba á ser sueño, sino más bien quietismo, estatismo de cuerpo y espíritu, en que la marcha del mundo se suspendía... Temeroso de que aquello fuera el principio del fin, Eduardo, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, alargó la mano, cogió el frasco y vertió el total del líquido en la mascarilla; un hilo de éter le goteó por la barbilla abajo: tuvo un principio de arcadas, y comenzó á soñar...

* * *

A vivir, diríamos mejor, pues las cosas y las personas empezaron á presentársele con tal relieve y con tal plasticidad de detalles, que no era posible que todo aquello fuera soñado. Las sensaciones físicas de placer eran reales y verdaderas, y... no le habían costado más que quince céntimos y diez del trasco.

Había por entonces en el escaparate de una corsetería, situada en una de las calles que arrancan de la Puerta del Sol, una cosa diabólica: era un maniquí representando á una chiquilla rubia de once á doce años á lo sumo, en el momento de probarse un corsé; la nena, casi desnuda, llevaba el pelo de oro repartido en bucles por la espalda y el pecho, y tenía una ex-

presión tal de picardía en la cara, con los ojos entornados y gachones, y con el borde de la



lengüecita humedeciéndose los labios, que no era posible imaginarse nada más excitante y

provocativo. Si no fuera porque la realidad es inagotable en sorpresas de todo género, diríamos que no era posible que en la realidad existiese nada tan divinamente diabólico como aquéllo.

Eduardo, en aquellos últimos días, se había detenido muchas veces ante el escaparate tentador: contemplaba *aquello* con la boca seca y las piernas temblonas, y pensaba que si por un extraño prodigio existiese algo capaz de dar vida á aquel muñeco, era cosa de correr el mundo en busca de ese algo. Inconscientemente se repetía la vieja frase que se dice siempre en estos casos...

—¡Ay, si parpadeara!

Y una tarde en que estaba él más... bullicioso que de costumbre, comprendió que el maniquí infernal no necesitaba parpadear para producir su efecto, pues mirándolo, mirándolo, gracias á su fértil imaginación, tuvo que apelar á la fuga más que de prisa para evitar que ese salto de agua que los hombres tenemos en el fondo de nuestra conciencia, brotase al exterior con el ímpetu de sus linfas.

Bueno, pues aquella niña de perdición, aquel diablejo rubio de mujer de once años, acababa de levantar la cortina que ocultaba la entrada

de la habitación, pronunciando, como sér de carne y hueso que era, estas palabras, impregnadas de candorosa malicia:

—¿Se puede, rico?...

A pasitos cortos entró, y fué á dar un beso á Eduardo; después, con coquetería de señora mayor, se puso ante el espejo que había sobre la chimenea,

y empezó á ajustarse las ligas del corsé, inclinando el cuerpo hacia adelante.

De sus cabellos se escapaba un olor á fruta verde y á frescura de nardo, que era una invitación al pecado. Concluído el ajustado de las ligas, levantó mucho los brazos para arreglarse el pelo, dejando ver los dos huequecitos de las axilas, limpios, sin vello y oliendo á heno, como nidos de golondrinas fabricados con pétalos de rosas.



¿Dónde había aprendido aquella nena ciertos detalles de coquetería? El corsé, por lo visto, le apretaba, y cogiéndolo por el borde de arriba con la mano izquierda, lo ensanchó, y empezó con la derecha un trabajo de libertar la carne del pecho aprisionada por la armadura de las ballenas. Como de un cesto que estuviera lleno de magnolias comenzó á extraer partículas de carne, subiéndolas hasta que quedaban montadas sobre el borde de la prenda, y una de las veces, la mano se abrió más, y sacó al aire un pichoncito blanco, rosado, con una mancha más obscura en el centro de su cuerpo: acariciólo con suavidad, entornando más los ojos á cada caricia, y por fin, lo dejó colocado sobre el encaje de la prenda con todo cuidado y mimo.

Para estar desnuda faltaba muy poco á la chiquilla: debajo del corsé no llevaba más que una camisa muy corta. Por lo visto tenfa calor en la habitación, ó pertenecía á esa clase de hembras que sólo se encuentran bien cuando no tienen trapos encima de su cuerpo: ello fué que al cabo de un rato de pensarlo un poco, decidió quedarse en el mismo estado en que se encontraba al venir á este mundo, aunque un poco más desarrollada.

Quitóse el corsé y empezó también á quitar-

se la camisilla, pero, agobiada sin duda por cruel incertidumbre, no sabía por dónde empezar la operación, ya que una camisa, como todo el mundo sabe, puede desprenderse del cuerpo



femenino de dos modos: sacándola por arriba, par la cabeza, y por el extremo de los brazos, ó dejándola que se deslice hacia abajo á lo largo del cuerpo hasta quedar arrollada á los pies, como un turbante derrotado. El primer medio tiene el inconveniente de que lo primero que aparece á la vista del espectador que presencie la operación es la parte mejor del cuerpo feme-

nino; y ya es sabido que es regla elemental de las comidas y de las obras teatrales, reservar lo mejor para el final. En cambio, el segundo es menos artístico, y desde luego, más vulgar.

Por lo visto, la nena se sabía todo esto de memoria, y esa era la causa de sus dudas. Efecto de ellas, unas veces comenzaba á subir la tela hacia el cuello, dejando entrever la parte media de los muslos, y bajándola de repente como el telón de un teatro que se ha alzado antes de tiempo, y al poco tiempo iniciaba la operación inversa, y al descender la prenda hasta las rodillas, enseñaba con impudor que, á sus años, no era fácil adivinar si era malicia ó inocencia, el par de tortolitos de los senos, que aún no eran más que dos iniciaciones de la carne, dos bocetos de lo que más tarde habrían de ser, como dos inflamaciones de la carne, sin forma aún de cuerpos con vida propia.

La operación, repetida una y otra vez, ponía á Eduardo fuera de sí; una de las veces no pudo más, y levantándose de la *chaise-longue*—en sueños, por supuesto,—decía á la chica con voz trémula:

—¿Quieres que te ayude...?

—Como quieras.

Iba á ella, y con las manos temblonas cogía á

pellizcos la tela de la camisa y se la llevaba á la boca, rompiéndola con los dientes:

—Mira, esto se quita así...

Pudo notar que aquel lienzo tenía un sabor extraño á plátano y á sudorcillo de nene pequeño, un sabor que emanaba indudablemente del cuerpo de ella, y que le obligaba á prodigar los mordiscos con rabia. La prenda estaba ya hecha jirones, y tirando de ellos dejaba al desnudo el cuerpo de la chiquilla; quedaba un sólo trapajo allá, cerca de un brazo, y para quitarlo, mordió una vez más, pero ahora con tal furia, deseando acabar pronto, que el mordisco hizo presa en la carne. La chica dió un grito espantoso: del mordisco salían unas gotas de sangre, que humedecía también los labios de él.

Ya estaba desnuda y ofreciéndose á un atacante imaginario en una postura suprema. Eduardo—¿qué hubieras hecho tú en su caso, lector?—fué á caer sobre ella, pero entonces la presunta víctima, como si le hubieran nacido alas en los pies, echó á correr. El joven la siguió, y bien pronto notó que la muchacha, en su huída, se salía de los confines de la habitación y corría por un sendero tapizado de verde y bordeado de árboles gigantescos. De cuando

en cuando se detenía en su carrera, y adoptando una de aquellas posturas que parecían moldeadas por el demonio de la lujuria, invitaba al joven á poseerla. Con su vocecilla de muñeca con resorte le decía:

—Ven, que te espero...

Apretaba el paso el perseguidor, y cuando estaba á medio metro de ella, cuando iba ya á alargar la mano para hacer presa, la muchacha emprendía otra carrera, cada vez con nuevos bríos.

Con la velocidad de la marcha, los bucles del pelo, que le caían espesos y retorcidos hasta cerca de los riñones, se alzaban en el aire, siguiéndola como una estela de oro, que al combinar con el marfil de la carne tenía extrañas palideces de agonía. Repitióse la burla muchas veces, y durante una hora corrieron los dos por aquel sendero interminable, hasta que Eduardo, ya vencido, echando por la boca cuanto tenía en el interior de su cuerpo, cayó al suelo hecho una bola. Detúvose entonces la infernal criatura, y al ver á su perseguidor por los suelos, estalló en la más burlona carcajada que han oído los siglos. Volvió á ofrecérsele de nuevo, y á repetir con su voz de brujita:

—Ven, que te espero.

Y Eduardo, que hasta entonces había sido un hombre bastante formal, al sentirse caído, al verse burlado y escarnecido por aquella chiquilla, notó que algo claudicaba en el interior de su organismo, y gozó tanto, tanto como si hubiese tenido en realidad entre sus brazos á aquel tesoro de once años que huía de él como una mariposa.

* * *

Volvió á abrirse la puerta de la habitación y entraba en ella—éste sin pedirle permiso—, el presidente del Consejo:

—Adiós, Eduardo: ya sabrás lo que ocurre...

—No, no sé nada...

—Pues una friolera: que el ministro de Gracia y Justicia se ha empeñado en dimitir, y ha dimitido.

—¿Y qué?

—Pues que no encuentro en todo el partido quien quiera ser ministro de Gracia y Justicia, y vengo á que tú me saques del apuro.

—¿Yo?

—Sí: anda, no lo pienses más; ponte el frac, porque supongo que no tendrás por ahí un uni-

forme de ministro, aunque sea en mediano uso,
y vente á Palacio á jurar el cargo.

—Si no es más que eso...



—Anda, sí, que están esperando.

Eduardo juraba el cargo, tomaba posesión, y en el primer día de desempeño del cargo, indultaba de la pena de muerte á tres sujetos que no habían hecho más que matar á sus padres,

pegarle fuego á un asilo de huérfanos y violar á una anciana de noventa y seis años, que se llamaba doña Violante Pérez. En cambio, fué al despacho del Ministerio á pedirle un destino de seis mil reales un sujeto que á él le era, desde tiempo inmemorial, profundamente antipático; era un tío de esos que, sin saber por qué, miran á todo el mundo por encima del hombro, y que, por tener un salón de limpia-botas en la Puerta de Atocha, se creía que era Sánchez de Toca, y presumía más que un partiquino.

Eduardo le mandó prender, le obligó á que diese serrín á todo el pavimento del Ministerio y después lo condenó á muerte, mandando que la sentencia se ejecutase quemándolo á fuego lento allí mismo, dentro del despacho ministerial.

El Consejo de Ministros lo revistió de poderes ultradictatoriales, y Eduardo se paseaba á pie por las calles de Madrid seguido de un sargento de Artillería, que llevaba un fusil maüser, siempre cargado. Cada vez que se cruzaba con una persona que le era antipática, ó que en alguna ocasión le había molestado, ordenaba al sargento que le pegase un tiro en el corazón.

Hubo día que por ese procedimiento despa-

chó á quinientos doce. Eduardo era feliz, y en esos días comía con más apetito.

Otras veces se veía en medio de un motín sangriento de la plebe, que se había amotinado



por cualquier futesa, por el cambio de cartel de una corrida de toros, por ejemplo, y él, con su autoridad suprema, era el encargado de calmar los ánimos. Para ello, en el centro de una gran plaza, empezaba por subirse en lo alto de una

silla, y allí escogía á su antojo diez ó doce de los que más alborotaban, los llamaba junto á sí y les interrogaba:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que queréis?

—Que nos devuelvan el dinero.

—Se os devolverá, pero con una condición.



—¿Cuál?—gritaban á una cien pechos enardecidos.

—Que habéis de quemar la plaza de toros, y luego aventar sus cenizas.

La multitud se resistía al principio, pero sugestionada por el verbo elocuente del tribuno, hacía acopio de leña y petróleo y se encaminaba al circo taurino y ponía manos á la obra. La plaza ardía por los cuatro costados, y cuando ya no quedaba de ella ni el solar, la gente re-

clamaba se le cumpliera lo que se le había prometido respecto á la devolución de los cuartos. Pero entonces se rasgaba el firmamento y una voz extrahumana les gritaba como un trueno:

—¡Ilusos! ¿Cómo habéis de recobrar vuestro dinero si estaba todo él dentro de las taquillas de la plaza y las habéis hecho pavesas?

La multitud se disolvía arrepentida de su bestialidad, y á Eduardo esta escena simbólica le servía de gran regocijo.

* * *

Tres años llevaba detrás de ella y nada había podido conseguir, ni siquiera el más leve rayo de esperanza. Era sencillamente la mujer que más le gustaba en Madrid; tenía buena estatura, y una de curvas en todo su cuerpo tan sabia y armónicamente repartidas, que parecía un tratado de geometría racional. Era morena, de buenos ojos y con un gesto perenne de sensualismo en el rostro, que hacía imposible el mirarla sin pensar al punto en las sábanas de Holanda. Casada, ó por lo menos arrimada á un hombre, iba siempre con él á todos lados, y el hombre, que era feo y con el cuello lleno de

costurones, iba siempre con un bastón de calibre del doce, que, como la cara de su señora, era también una invitación al sobresalto.

En los teatros, que era donde más la veía Eduardo, permanecía siempre estática, inmóvil, sin mirar á ningún sitio más que al escenario, y cuando por acaso su mirada se cruzaba con la de algún hombre, volvía el rostro airado al lado contrario con una visible mueca de disgusto.

El joven había ensayado todos los sistemas de seducción que pudieran acercarlo á la desdeñosa. Primero, como hombre práctico, había intentado rendir la fortaleza con dinero; siguiéndola una noche á la salida del teatro, se enteró de dónde vivía, y al día siguiente, una tía que



Eduardo tenía para estos casos, se presentó en casa de la bella so pretexto de venderla unas pieles, y, en el curso de la conversación, deslizó en su oído ofertas tentadoras... A los pocos minutos, la tía y las pieles salían rodando escaleras abajo con la amenaza de meterla en la cárcel si la escena de la seducción se repetía.

Fracasado el método, que pudiéramos llamar brutal, Eduardo puso en planta el romántico: al encontrársela ponía unos ojos muy tristes, adoptaba posturas de hombre hastiado de la vida, y dejaba escapar de cuando en cuando unos suspiros acarnerados, que á otra que no fuera de hielo harían vacilar en el pedestal de la adustez. Todo fué inútil: Eduardo, en estos últimos tiempos, había ya renunciado á ella, y al encontrársela, la miraba con esa amarga resignación con que miramos un sombrero que pudo ser nuestro y que, habiéndonos encantado al verlo en un escaparate, luego notamos que lo ha comprado un amigo.

Sin embargo, la esperanza no había muerto en él del todo, y, aleccionado por la vida, esperaba, sin darse cuenta, el momento raro y diabólico en que la presa cayese en sus redes, acaso sin proponérselo.

Había soñado con ella muchas veces, la veía

tal cual era con sólo cerrar los ojos, y era como el denominador común de todas sus acciones buenas y malas, como el final remotísimo de un camino recorrido á diario y que cada vez se iba alargando más.

Y esta mujer, esta esfinge, que ni parecía haberse enterado de su existencia en el mundo, entraba ahora en su habitación, ofreciéndosele con todo el cuerpo, y con una sonrisa tal dibujada á punzón en el rostro, que no dejaba lugar á dudas acerca del objeto que la había traído allí.

Venía envuelta en una especie de kimono de seda azul *muy fin de mes*, bajo el cual temblaban los globos del pecho como flanes aún calientes. Erguida como un farol del alumbrado público, cruzaba los brazos en la nuca y alzaba de vez en cuando las piernas en movimientos alternativos, como si fuera á bailar unas de esas danzas orientales que parecen la alegoría del desperezo.

Eduardo, que era un sibarita, esperó quieto en su *chaise-longue* á que la visión se aproximase, y para darle á la cosa todo su encanto, preguntó con malicia:

—¿Y tu marido? Porque supongo que ese bulldog que te acompaña á todas partes será tu marido...

—¡Ya le ha daol...—dijo ella sin cesar de reir.

—Es la primera vez que te veo sola. ¡Qué gusto!

—Eso creerás tú. No vengo sola: mi marido está ahí.

—¿Dónde?

—Detrás de esta cortina—. Y señalaba la que cubría la puerta de entrada de la habitación, que ella había alzado poco antes para abrirse paso.

Al joven le hizo gracia la cosa. Acaso en otras circunstancias la presencia del hombre á quien tanto había escarnecido con el pensamiento, allí, á dos pasos del sitio del crimen, le pareciese un anuncio de tragedia; pero ahora, viéndolo como lo veía todo de color de rosa, le resultaba muy grato que, en un arranque de sadismo, presenciasen detrás de una cortina la consumación de la infamia.

La mujer tanto tiempo codiciada estaba ya junto á él; fué á ceñirla en sus brazos, y éstos, por una especie de parálisis momentánea, no respondieron á su voluntad, y quietos, inmóviles á lo largo del cuerpo, parecía tenerlos atados con ligaduras que nadie pudiera desatar. Y entonces comenzó para el joven una forma nueva de martirio delicioso, de goce impotente

y quintaesenciado, pues la diabólica mujer, aligerada de ropa, comenzó á pasear por su cara y por otros escondrijos de su cuerpo, todos los encantos de que la Naturaleza la había dotado pródigamente, y él, obligado á estarse quieto, no podía apoderarse, hacer presa en lo que tan generosamente se le brindaba.

Primero fué el busto de la diosa, dos repujados hemisferios de alabastro, los que rozaron su frente, su rostro, su cuello... Más tarde la cimera de sus cabellos negros azulinos y oliendo á rosas; después, otros botones de muestra de lo mucho bueno que aquel cuerpo encerraba en un paseo continuado, mientras él, nuevo tántalo, hacía un poco el ridículo con su quietismo de ateneísta soltero.

Pero el furor de su carne, ese, por dentro, no se estaba quieto y anunciaba un final próximo, que ella pareció adivinar, porque con malicias extremadas fué acoplando su cuerpo al del joven, y cuando la unión fué perfecta, dejóse caer como muerta sobre él con todo el peso de su hermosura.

Cuando él, á punto ya de realizar plenamente lo que por tanto tiempo había codiciado, se disponía á poner los ojos en extravío, pudo ver cómo se entreabría la cortina de la puerta y

aparecía la cabeza del marido, fea, chata y más agresiva que nunca, pero con un rictus de placer, que era un verdadero asco. De la frente,



apuntando al espacio, salíanle dos ramas de alcornoque, que allá para la primavera darían su fruto...

El socarrón del tío no se contentaba con asomar, sino que saludaba á Eduardo con toda cortesía como al mejor de sus amigos:

— Buenas noches, señor. Se vive, ¿eh?

— Psch. Se hace lo que se puede.

— ¡Hay que ver, amigo, lo que se ha echado usted encima!

— ¡Bah! Esto no es nada... Pero, ¿por qué no pasa usted y se sienta?

— Muchas gracias.

— Lo digo, porque...

Pero Eduardo no pudo seguir hablando; algo que reclamaba toda su atención, y que hacía tiempo estaba esperando, había llegado ya con temblores de muerte, y toda la atención de su cuerpo y de su alma era poca para tan grave asunto. Los ojos de la amada, á dos dedos de los suyos, se le clavaban en las pupilas como dos brasas ardientes, diciéndole con el lenguaje de sus resplandores toda el ansia y toda la plenitud de un fuego que durante mucho tiempo hubiera estado oculto, escondiendo, bajo el manto de una indiferencia fingida, la verdad de un apetito que traía fecha remota.

Nunca, ni aun en los días de más fortuna en los combates del amor, en esos días en que el Sol de Austerlitz parece ponérsenos de cara dándonos bríos nuevos, recordaba él haber llevado tan lejos la plenitud en el ataque, la insistencia en él y la retirada gradual y por esca-

lones, con encuentros de retaguardia que valían por una verdadera batalla.

Aquello era superior á todo lo vivido; pero para él, en aquel momento, era tan vivido como la misma realidad.

* * *

Volvía la somnolencia, el estado de idiotez paradisiaca en que era imposible pensar en nada, algo así como la posición anímica de un individuo que, estando profundamente dormido, se diese clara cuenta de que dormía.

Poco á poco las brumas se iban rasgando y se apoderaba del cerebro una extraña música, un afán de medida y compás, cual esos motivos, de vals generalmente, conque nos obsesionamos á veces, tarareándolos sin querer, hasta el infinito. Y entonces, Eduardo pensaba, y pensaba cosas como estas:

En la gris somnolencia
de la tarde otoñal,
me apetece el suave
calor de tus caricias;
como una piel de armiño
amorosa y sensual
que al rozarme la piel
la llena de delicias...

Repetía la poesía, ó lo que fuese, hasta dos ó tres veces, y luego, en pleno delirio, seguía:

Ya lo has visto Jacoba;
de pronto ha vuelto el frío
y, como de costumbre,
me coge sin dinero...
Si no me das dos duros
habré de echarme al río
ó quedarme en mi casa
como un vil prisionero.

Todo ello diluído en un fondo rosa, de optimismo suave, en el que la vida parecía buena y amable, á pesar de haber gentes capaces de hacer versos como estos. Pero, tras una pausa, ¡ay, harto brevel! volvía el poeta:

Ibamos á meternos ya en el lecho
cuando se oyó un rumor en la escalera;
la puerta, sacudida desde fuera,
hizo temblar de la pared al techo.
De tu garganta se escapó un aullido
que á mí me puso carne de gallina;
con voz temblona, balbuciente y fina,
sólo dijiste a questo: «¡Mi marido!»

Dentro de tu bidet busqué escondite,
 pues presumía que el primer embite
 iba á hacer de mi cuerpo vil brioche.
 Se abrió la puerta al fin: tu caro esposo,
 enarbolando un roten pavoroso,
 dijo: «¡Cuando acabéis, os mando el coche!»

Volvía á dormitar el eterizado; después de
 tamaño esfuerzo intelectual, bien ganado se te-
 nía un poco de reposo. Poco, porque, ¿quién
 pone frenos á la imaginación? Se soltaba ésta
 en seguida y volvía á la carga; ahora era una
 evocación de tiempos que fueron:

Spínola, Velázquez, Olivares,
 ya somos tres, y España sólo es una;
 la suegra del gentil duque de Osuna
 las broncas con su yerno tiene á pares.
 Villamediana, de un ensueño loco
 buscando consonante, ya ha perdido
 á más de la cabeza y el sentido,
 un retrato del Papa y medio coco.
 El Rey Nuestro Señor se va de caza;
 la Reina, que es modelo de cachaza,
 por imitar al Rey se va de pesca.
 ¡Esta es España! Y entretanto en Flandes,
 como antaño en Italia y en los Andes,
 ni la manteca se conserva fresca.

Acaso el culto lector piense que esto no son versos; acaso tenga razón, pero le rogamos que se fije en que están hechos por un señor que tenía lo suyo de éter dentro del cuerpo. Tan malos como éstos—y no decimos peores por modestia—se publican á veces en las columnas de algunos periódicos; y muchos de sus autores hasta los cobran, aunque no han tomado éter.

* * *

¿Cuánto tiempo llevaba Eduardo en aquel estado? Sólo Dios lo sabía. A medias, nada más que á medias, comenzaba á recobrar la conciencia.

El fondo rosa en que había estado viendo la vida, se iba anaranjando un poco, tomando un tinte *muy chuleta de huerta*, que presagiaba futuros nubarrones. El instinto le hizo alargar la mano en busca del frasco de la divina pócima: inútil; estaba exhausto. Y entonces, como despedida sin duda de un sueño de amor y felicidad, vino el último período de la curda, período de verdadera demencia, de embrollo apocalíptico, en que, á modo de compendio, volvían á salir á escena todos los personajes de la farsa. Y era la tobillerita del corsé que volvía de su

paseo por el sendero interminable para caer en los brazos de la casada apetitosa y hacer... una de esas cosas que hacen las mujeres de su casa cuando se encuentran á solas con otra mujer de su casa y... no tienen nada que hacer. Y era él mismo, Eduardo, cayendo sobre la feliz pareja, mientras recitaba versos incoherentes, y jugaba á la brisca con el marido ultrajado poco antes. Y la vida toda, como en un galop de noche sabbática, como en una *souée* de Valpurgis, pasaba atropellándose: lujurias, concupiscencias, proyectos de ley, miserias, tranvías con el completo echado y un esqueleto en el sitio del conductor, cuadrigas romanas, adulterios, noches de Fornos y de la *place Pigalle*, asechanzas, perjurios, maldiciones, billetes de Banco—de éstos, pocos, en honor á la verdad, y esos pocos con un sospechoso cariz de falsedad—operetas, trajes de alpaca y traiciones florentinas.

Y todo ello desfilando á la carrera por un fondo de llamas, como de incendio de Roma ó de danza diabólica del fuego, con ruido infernal de mil truenos que desgarrasen á un tiempo el vientre de gigantesca nube, como algo grande que muriese entre espasmos, ó de un nuevo Dios que presentase su candidatura á

una concejalía de la Inclusa, salto de valor para crear un mundo nuevo.

Después era como una lluvia fina que cayese en un campo sediento, luego como un llanto de niño oído á lo lejos en la sombra de la noche; más tarde el quejido de cien vírgenes que dejaran de serlo por máquina, y por fin, un apagamiento sordo de todo, un obscurecimiento total de la vida, como en el Gólgota... y el vacío... la idiotez.. la nada... el balón de oxígeno...

* * *

Y al día siguiente, ya vuelto á la vida, una pereza sagrada, un deseo de no moverse nunca, de permanecer para siempre como en una tumba en aquella *chaise-longue*, donde ya debía llevar sus buenas doce horas.

Unas ojeras enormes, profundas, acenizadas; un gesto agrio y triste en la boca, y unas ganas de arrojar tan pronunciadas, que, por estar el estómago vacío, parecía que iban á acabar arrojando el propio estómago allí sobre la alfombra, como una gorra que cae al suelo por descuido desde la cabeza de su dueño.

Además, una sed grande, reseca, y que

á pesar de estar fija allí en el paladar y en la boca, no se sabía si era sólo sed del cuerpo, sed material ó sed del espíritu que quería acabar de una vez con tanta miseria.

Allí, muy cerca, sobre un velador de mármol, había un jarro de cristal con toda la tentación de un agua de Lozoya pura y cristalina, hasta con su *coli bacilo* y todo, según Sánchez Guerra, más inofensivo que un ministro conservador. ¡Qué delicia, coger el jarro y beberse todo el contenido de una vez!

Pero para ello había que moverse, había que levantarse de allí, y eso era casi imposible. Sin embargo, aún quedaba un resto de energía en el organismo, y Eduardo, medio arrastrándose, agotado, como si los huesos, al menor movimiento, fueran á salirse de su sitio, llegó al velador, cogió el jarro y bebió.

La mitad del líquido había pasado ya á su estómago cuando tiró el jarro al suelo y devolvió sobre la alfombra el último buche de agua. Por un fenómeno reflejo le parecía que estaba bebiendo éter, impregnadas como tenía las fauces del sabor del agrio excitante: las bascas fueron en aumento y, retorciéndose como si hubiera tragado un veneno, cayó al suelo y devolvió sobre el pavimento el agua que había bebido.

Sintió un gran alivio, y allí mismo, sin cambiar de postura, se fué quedando dormido con un sueño racional.



Hasta el día siguiente no se encontró Eduardo con fuerzas para salir á la calle. Después de un baño tibio se vistió como en sus mejores tiempos, y salió de casa.

Era una tarde apacible; la calle, la vida normal y monótona de las gentes que discurrían por ella, le hizo un efecto extraño, como la

vuelta á un mundo del que hubiera estado alejado mucho tiempo y de cuyos hábitos y costumbres sólo conservase una vaga memoria.

Le agradaba todo: el sol que adornaba la acera por donde él iba, las caras de las mujeres que se cruzaban á su paso, los escaparates de las tiendas, los chicos que pasaban en brazos de sus niñeras. Todo lo encontraba lógico, armónico, como un mundo que, bueno ó malo, no pudiese ser mejor. ¿Por qué atormentarse, por qué macerarse el espíritu? La vida era como un cauce ya formado de antemano, por el que nosotros fatalmente teníamos que deslizarnos; eran inútiles nuestros esfuerzos para desviar la corriente, y seguramente toda la voluntad de todos los hombres juntos hubiera sido impotente para conseguir que una sola nubecilla tapase la luz de aquel buen sol que tapizaba la acera, ó que una de aquellas camisas de franela que había en uno de aquellos escaparates dejase de significar para el comerciante que la vendía una ganancia menor del seiscientos por ciento.

Caminaba sin rumbo, en un paseo cuyo itinerario iba trazando el azar, y que aun en su época de muchacho rico, eran los paseos que más le agradaban. El sol iba á ponerse pronto,

y él quería aprovechar su compañía hasta el último momento: seguía, pues, siempre por las calles por donde su luz brillaba con más amplitudes, y así, en este camino sin rumbo, tenía uno que se lo iba marcando el mismo sol.

Y sin duda, fué una jugarreta del padre Helios—como al Sol le llaman los poetas, sin duda porque es un buen consonante á sepelios—la que, sin que se diera cuenta, le colocó frente á la casa de donde dos noches antes saliera el olor á éter que fué para Eduardo tan eficaz invitación.

Quedóse un poco absorto al reconocer el sitio, y como se fijara bien en aquel balcón misterioso del piso bajo, quedó del todo asombrado; sobre el barandal de aquel balcón y del de al lado había una cartulina blanca, con las palabras de ritual: «Se alquila».

Miró bien y, en efecto, el cuarto estaba vacío: el grueso estor, los visillos espesos, habían desaparecido, y la habitación, desnuda, se ofrecía á la curiosidad del viandante con ese descaro de fosas abiertas que tienen las casas sin inquilinos.

¿No se habría equivocado? ¿Sería aquella la casa? Para comprobarlo, inspeccionó al detalle los alrededores: sí, allí estaba la taberna donde

él se dirigía cuando le detuvo el incitante olor; en aquella acera no había otra casa que tuviese balcones en el piso bajo; allí, recordaba bien la distancia, estaba la acacia en cuyo tronco se quebraba el rayo de luz que salía del misterioso balcón.

Entró en la casa, sin saber á punto fijo para qué. El portero, de pie en el mismo filo del portal, le detuvo amable:

—¿Qué deseaba, señor?

—Ese cuarto bajo...

—Ochenta y cinco pesetas.

Con la respuesta le dió la solución. Seguiría preguntando.

—¿Será muy pequeño?

—Seis habitaciones. ¿Quiere verlo el señor?

Lo vería. Poco podría decirle una casa con las paredes vacías; pero, ¡quién sabe!; á lo mejor, un detalle inesperado habla también para el que sabe oír el mudo lenguaje de las cosas.

—Vamos á verlo.

Tomó la llave el portero y subieron los cinco escalones que separaban de la calle el piso bajo. Apenas se abrió la puerta, Eduardo quedó maravillado: allí estaba, fino, penetrante, sutil, el olor maravilloso, sólo que ahora, en vez de producirle el mágico efecto de la otra

noche, le golpeaba en las sienes, atufándole un poco, con una imprecisa sensación en la que se mezclaban el ahogo y el hastío.

Así fué que, casi sin darse cuenta, en el momento en que el portero le introdujo en una de las habitaciones que tenían balcón á la calle, fué á éste y lo abrió de par en par. Por decir algo, preguntó:

—¿El cuarto tiene agua?

El portero sonrió:

—Cuando llueve, sí señor...

—¿Cómo cuando llueve?...

—Quiero decir, que el cierre de ese balcón que acaba usted de abrir no funciona bien, y cuando llueve así de costado entra en esta habitación bastante agua. Pero, vamos, eso lo arreglarían antes de alquilarlo... Ahora, agua de la otra, de la potable, esa hay que irla á buscar á la fuente del patio.

Eduardo no sabía cómo hacer la pregunta que le bailaba en los labios. Después de vacilar un rato, optó por una perífrasis:

—¿Hace mucho tiempo que se ha quedado desalquilado?

—Ayer: esta mañana han acabado de llevarse los muebles.

—¡Ah!...

—Sí, señor.

—Y... ¿quién vivía en él?

—Pues un matrimonio. Yo he sentido mucho que se fueran, porque eran buen personal, que aunque llevaban poco tiempo en la casa, ocho meses escasos, los queríamos como de la familia. A mi chica, la que nació hace tres meses, la bautizó ella, la señora; y ahora, al marcharse, la han regalado quince duros.

—¡Vaya, hombre!

—Y á mi mujer y á mí nos han dejado un retrato, con dedicatoria y todo, que lo hemos puesto en el mejor sitio de la casa.

Eduardo vió que aquello era una tentación demasiado fuerte, y á riesgo de que aquel buen hombre lo mandase á paseo, se atrevió. Para cohonestar el atrevimiento, le puso en la mano una moneda de cinco pesetas.

—Oiga usted, y... ¿no podría yo ver ese retrato?—dijo mientras salía á la escalera.

Al portero, al que le pareció mucho un duro por enseñar un cuarto de seis habitaciones ¡y sin agua! le faltó tiempo para responder:

—¡Ya lo creo, señorito! No tiene usted más que asomarse á la portería y allí lo verá usted. Es el que está encima de la cómoda; verá usted qué guapa es la señora... mejorando lo presente.

Eduardo se lanzó como un loco á la puerta de cristales de la portería: la abrió y, en efecto, en el sitio indicado, y al lado de un cuadro que representaba los alrededores de Durango de noche, vió un retrato bastante grande.



—¿Es éste?—preguntó al portero.

—Ese, sí señor.

Se acercó para verlo mejor, y para no caerse al suelo, tuvo que echarse de bruces sobre la cómoda. Porque la mujer del retrato, la que había sido inquilina de aquel cuarto hasta aquella mañana, la que había bautizado á la chica de la portera, era la morenота estupenda á

quien él había codiciado en aquellos últimos tiempos y con la que había soñado de modo tan delicioso en medio de las nieblas de la borrachera de éter. Por si lo dudaba, á su lado estaba, en el retrato, el animal del marido con su rostro de perilla de cama y su aire de guardador de harem.

Serenóse un poco, y preguntó:

—Y... ¿dónde se han mudado?

—Se han marchado de Madrid. El marido es empleado de Hacienda y lo han destinado á Canarias.

Ahora ya cayó sobre la cómoda, con una caída total: creyó que iba á morir, y comenzó á rezar un *Credo* mientras se le nublaba del todo el cerebro.

* * *

Eduardo se libró de la ruina gracias á que un ministro de la Gobernación, con quien había hecho muchas vacas en la Sala de lo Criminal del Círculo, le hizo gobernador de provincias, encargándole que en el territorio de su mando no permitiese jugar... más que de las diez de la mañana en adelante.

Hoy día, el joven, acordándose de aquel bal-

cón y de aquel retrato, no se ríe nunca cuando oye contar una de esas cosas fantásticas á lo Poe ó á lo maestro Domínguez. Porque dice, y no dice cosa vacía de sentido, que en este mundo nada es mentira, ya que lo que no ha ocurrido ha podido ocurrir, y en la marcha de los mundos siderales, es lo mismo.

Este chico llegará lejos.

JOAQUÍN BELDA



de y de aquel estado, no se le puede mudar
de forma sin de sus cosas esenciales a lo
que es de su naturaleza. Y como dice
y añade con esta de cosas que son
indivisibles y mensuras ya que lo son
cuando se refieren a ellas, y en la medida de
los mismos, y tales ya lo mismo.

DE LA



NÚMEROS



PUBLICADOS

- 1.º Caballería maleante, por J. Dicenta.
- 2.º Los ladrones y el amor, por Antonio de Hoyos y Vinent.
- 3.º Lucecica, por Diego San José.
- 4.º El círculo vicioso, por José Francés.
- 5.º La papeleta de empeño, por J. Belda.
- 6.º Tanguinópolis, por A. R. Bonnat.
- 7.º Un ilustrísimo señor..., por M. Linares Rivas.
- 8.º Sorpresas, por «Colombine».
- 9.º La hija del mar, por López de Haro.
10. A puerta cerrada, por C. Miranda.
11. Un marido minotauro y sentimental, por Felipe Sassone.
12. Espinas, por L. Fernández Ardavin.
13. El chulo, el pollo y la bailarina, por F. Luque.
14. La sibila de Juanelo, por F. Mora.
15. La doncella viuda, por J. Ferrándiz.
16. Las mujeres fatales, por Cristóbal de Castro.
17. Un ángel patudo, por P. de Réplide.
18. Manolita la ramilleteira, por Andrés González-Blanco.
19. Alas y pezuñas, por Ramírez Angel.
20. El 606, por E. Barriobero.
21. La alegre juventud, por P. Cases.
22. El doctor inverosímil, por Ramón Gómez de la Serna.
23. Gabriela, por Alfonso Armiñán.
24. La sombra del monasterio, por A. Martínez Olmedilla.
25. Se vende un alma, por Emilio Ferraz Revenga.
26. Sí; yo te amaba; pero..., por Claudina Regnier.
27. Su excelencia se divierte, por Alejandro Larrubiera.
28. Si es broma, puede pasar, por Antonio López Monís.
29. El espía, por J. Francos Rodríguez.
30. Un hombre, una mujer y un niño, por Javier Bueno.
31. La tierra madre, por R. Asensio Mas.
32. El último pecado de una hija del siglo, por A. Retana.
33. El pobre Baby, por R. Cansinos Asséns.

LA NOVELA DE BOLSILLO

34. El héroe de Talavera, por Juan de Castro.
35. Europa tiembla..., por A. González Blanco.
36. La querida, por A. Valero Martín.
37. Don Agus, por Carlos Micó.
38. Rosa mística, por A. Andión.
39. Modistas y estudiantes, por Luis de Castro.
40. Los muertos, por A. Hernández Catá.
41. La amazona, por Armando de las Alas Pumariño.
42. La copla vengadora, por J. Fernández del Villar.
43. El reservado de señoras, por Vicente Díez de Tejada.
44. El beso supremo, por R. López de Haro.
45. Wenceslao Celebro, por F. Luque.
46. Santa Cigüeña, mártir, por R. González Castell.
47. El manto de la Virgen, por R. Cansinos-Asséns.
48. El capote de paseo, por «José el de las Trianeras».
49. El martirio de San Sebastián, por A. de Hoyos y Vinent.
50. El pasaporte amarillo, por J. Dicenta.
51. De Mendoza á "la Chelito", por Aurelio Varela.
52. La virgen falsa, por Vicente Clavel.
53. Yo, asesino, por Ezequiel Endériz.
54. La Verdad, por Bernardo Morales San Martín.
55. Lord Byron, por J. Héctor Picabla.
56. De rositas, por V. Díez de Tejada.
57. Gil Blas de Santillana, por A. Andrada Gayoso.
58. La inquietud errante, por J. de Lucas Acevedo.
59. La Casablanca, por J. Fernández del Villar.
60. El último homenaje, por F. Gómez Hidalgo.
61. Los teutones en España, por F. Luque.
62. ... y llegó Maura, por G. Latorre.
63. La marquesa y el bandolero, por A. de Hoyos y Vinent.
64. La piedad de la mentira, por W. Fernández-Flórez.
65. La última querida, por Francisco Flores García.
66. Maternidad, por Roberto Molina.
67. El placer de matar, por E. González Blanco.
68. La que quería ser monja, por Ermerinda Ferrari.
69. El hotel de la Moncloa, por Fernando Mora.
70. La novela de la Fornarina, por Diego López Moya.
71. Rosas en Diciembre, por Luciano de Taxonera.
72. La tragedia del Fralle, por Tomás de A. Arderius.

LA NOVELA DE BOLSILLO

73. La Encantadora, por R. Cansinos-Asséns.
74. ¿Qué es amor?, por Alejandro Bher.
75. El casco de hierro, por Miguel de Palacios.
76. La sombra de Wérther, por Miguel España.
77. El Sprit, por Joaquín Belda.
78. La noche del Juan José, por Fernando Mora.
79. La gentil Mariana, por R. González Castell.
80. El secreto de Tórtola Valencia, por F. García Sanchíz.
81. El misterio de una vida en ocaso, por F. M. Caballero.
82. La trata de blancas, por G. Hernández Mir.
83. El capitán Anselmo, por Joaquín Dicenta.
84. La pobre Fifi, por Antonio Ballesteros.
85. Cuarenta y un grados de fiebre, por Manuel A. Bedoya.
86. El Encierro, por Gloria de la Prada.
87. Un quince de éter, por Joaquín Belda.

CONTENIDO

1.	El autor	1
2.	El libro	2
3.	El lenguaje	3
4.	El estilo	4
5.	El contenido	5
6.	El valor	6
7.	El método	7
8.	El resultado	8
9.	El fin	9
10.	El medio	10
11.	El objeto	11
12.	El sujeto	12
13.	El verbo	13
14.	El complemento	14
15.	El adjetivo	15
16.	El adverbio	16
17.	El pronombre	17
18.	El artículo	18
19.	El sustantivo	19
20.	El numeral	20
21.	El interjección	21
22.	El conjunción	22
23.	El preposición	23
24.	El signo	24
25.	El punto	25
26.	El signo de interrogación	26
27.	El signo de exclamación	27
28.	El signo de admiración	28
29.	El signo de igualdad	29
30.	El signo de menor que	30
31.	El signo de mayor que	31
32.	El signo de división	32
33.	El signo de multiplicación	33
34.	El signo de resta	34
35.	El signo de suma	35
36.	El signo de raíz cuadrada	36
37.	El signo de raíz cúbica	37
38.	El signo de potencia	38
39.	El signo de logaritmo	39
40.	El signo de seno	40
41.	El signo de coseno	41
42.	El signo de tangente	42
43.	El signo de cotangente	43
44.	El signo de secante	44
45.	El signo de cosecante	45
46.	El signo de ángulo	46
47.	El signo de longitud	47
48.	El signo de latitud	48
49.	El signo de altura	49
50.	El signo de profundidad	50
51.	El signo de temperatura	51
52.	El signo de presión	52
53.	El signo de fuerza	53
54.	El signo de energía	54
55.	El signo de potencia	55
56.	El signo de trabajo	56
57.	El signo de calor	57
58.	El signo de frío	58
59.	El signo de humedad	59
60.	El signo de sequedad	60
61.	El signo de viento	61
62.	El signo de calma	62
63.	El signo de tormenta	63
64.	El signo de lluvia	64
65.	El signo de sol	65
66.	El signo de luna	66
67.	El signo de estrellas	67
68.	El signo de nebulosa	68
69.	El signo de galaxia	69
70.	El signo de universo	70

2 2 2 2 2 2 2 2 2 2

LA NOVELA

— DE —

: -: BOLSILLO : -:



GONZALO DE CORDOVA, 22

MADRID

Apartado núm. 644

: -: Teléfono 4.610 : -:

S S S S S S S S S S

XXXXXXXXXX

LA NOVELLA

di
BOCCACCIO



DE' SECONDI SECOLI

ITALIANI

AGGIUNTI PER IL

SECONDO VOLUME

XXXXXXXXXX



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BERKELEY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
BERKELEY LIBRARY



La Novela de Bolsillo

Se vende también en volúmenes encuadernados en tela. Cada uno de estos volúmenes contiene cuatro novelas de las ya publicadas, y es su precio el de 1,50 pesetas.

Para los suscriptores y compradores de LA NOVELA DE BOLSILLO que adquieran ésta semanalmente, hemos puesto á la venta tapas idénticas á la de los tomos á que se refiere el párrafo anterior, al precio de TREINTA CENTIMOS cada una en toda España.